

La lección artística y estética de Francisco Toledo

Miguel Ángel Muñoz

DOTADO DE UNA SENSIBILIDAD ÚNICA EN EL ARTE de México, que se alumbra en la contemplación del paisaje de cada “pequeña sensación”, Francisco Toledo podría ser el heredero natural de Rufino Tamayo. El que es reconocido como el pintor mexicano más interesante de su generación, explicaba que su tarea como pintor era “ocuparse de reflejar su historia, su tradición cultural...”. Así, Toledo está hoy a sus 70 años más activo que nunca. En una época en que vivimos rodeados de un arte que rechaza la estética a favor de las ideas, más literatura que arte, la obra de Toledo se muestra como un discurso estético de deslizamiento entre la sorpresa y la libertad. Habría que añadir, dentro del lenguaje figurativo que practica, que subsiste en él la tensión integradora de elementos gestuales y matéricos, pero que todos ellos se mezclan cada vez con mayor naturalidad, con ese toque sabio de que lo difícil y complejo parezca simple y sencillo.

Cada uno de los cuadros, cerámicas, esculturas, grabados y dibujos es un Toledo inédito, pero se deja notar como un distanciamiento reflexivo, una paciencia luminosa, que incrementa la claridad. Por este carácter de despojada relación con la materia, cada obra tiene algo de magia, de conversión íntima con la naturaleza: cambio y permanencia; vértigo y quietud. Su obra contiene posibilidades inimaginables para la pintura mexicana y



Aparato digestivo, 2002
óleo sobre tela, 51x61 cm
colección particular

gran parte tiene el misterio de un *tour de force*: se puede ver al artista refugiarse en su obra, pero a la vez se expone a cualquier alteridad. En ellas, como ocurre en los cuadros de Tamayo, las atmósferas que se presentan, se representan y se filtran deliberadamente. Cada dibujo o pincelada que traza sobre el espacio vacío se vuelve un proceso de la materialidad de la creación, pero también se transforma en detonador inquietante de su juego con el tiempo, la memoria y su presente histórico: el arte como depurada intensificación de la experiencia. *Mujer atacada por peces* (1972) y *Juárez embrujado* (1985), *Muerte grillo* (1990), obras que reflejan el anverso y reverso de su intento de búsqueda de imágenes elocuentes, pues son variaciones de su propia realidad, a la vez mediaciones sobre la memoria histórica y artística de su pasado y su presente. En realidad, su obra tiene algo de *Éste es mi nombre* del romántico Adonis, pero los ritmos de Toledo no son nada quietos. Algunos de sus dibujos y grabados recientes —su serie sobre un texto de Kafka, por ejemplo—, que están entre los mejores que ha hecho, tienen la sutileza cromática de la atmósfera. Junto a los colores planos saturados, que en su obra han tenido un perfil definido, con negros, azules, oscuros, sienas, grises, blancos, aparecen ahora más grises, azules, y sobre todo el blanco y negro de sus gráficas. Renovación, transgresión; búsqueda constante, elementos clave que caracterizan su estilo. En este sentido, su obra gráfica corre en paralelo a la pintura, como dos diferentes herramientas de las que se sirve indistintamente para avanzar en su incansable búsqueda de un lenguaje propio; una trayectoria basada en la constante investigación de las técnicas gráficas, desde la serigrafía y la litografía, hasta sus múltiples experimentos con el aguafuerte, bien sobre zinc o plancha, la punta seca, el barniz blando, el aguafuerte a la cera..., nos dan el perfil de este creador. Es una alquimia sorprendente, inquietante.

Toledo no participa de una voluntad de ruptura, de un estilo “mexicanista moderno”, sino que tiene él una necesidad de simplificar la pintura, su discurso estético —como lo hicieron sus antecesores: Mérida, Gerzso, Ricardo Martínez o Nieto— se aleja de toda tradición artística de su tiempo. Toledo es reacio a cualquier exceso teórico y reticente a la verbalización estética. No es casual, pues, que viera en la experimentación cromática de Rothko un buen estímulo para la reflexión sobre el espacio, las funciones



Caballo con luciérnagas
litografía 1/100, 40 x 44 cm
colección: Galería Vértice, Guadalajara



de la luz y el color como formas protagonistas de una nueva notación constructivista de corte clásico.

Las referencias se hacen en extremo sutiles, como en *Insectario* (1990), donde diversos grillos, chapulines, hormigas tienen la imponente majestad de volver la narración un sueño interminable. Los signos caligráficos pierden violencia descriptiva, pero resultan más conmovedores e inquietantes, como aligeradas sombras que acarician las superficies. Las materias se abomban con poética sensualidad, pero sin ser barrocas. Toda la densidad de lo telúrico, de lo tectónico, de lo orgánico, de las misteriosas fuerzas de la naturaleza, se muestran aquí con su compacta opacidad, pero, a la vez, con cristalina transparencia. Es como si Toledo se hiciera simultáneamente clásico y romántico. Hay en todo momento ese sentencioso laconismo que se subraya en el cuadro *La caminante* (1989), donde, sobre un hecho matérico tenebroso, se cruza la muerte en constante movimiento, con su bastón. Lejano y cercano a Posada. ¿Quién ha dicho que la belleza y la muerte no sean terribles? Toledo es un creador total, complejo y sutil; nos habla desde el absoluto para señalarnos la sensación estremecida de lo real, el tacto de la piel, los susurros, las sombras, los gestos alados. La encarnación del espíritu gracias a la pintura: la mera naturaleza del arte. Una lección pictórica total. Imposible abarcar la diversidad de su obra. Lo importante para Francisco Toledo es que cualquier objeto puede ser transformado. De esta manera, sea con pintura, cerámica, escultura o gráfica, que son sus terrenos, nos deja siempre la imagen cumplida de una fecunda fidelidad creadora, la realidad y la memoria de un artista que no envejece porque no pierde el sentido de renovarse siempre. ■■■

La rana mojada
 óleo sobre masonite, 60.7 x 76 cm
 colección particular



Chapulín que pasó
 óleo/masonite/madera, 28 x 33 cm
 colección particular

